

los hombres en la tierra. Gloria á Dios en las alturas, porque el catolicismo ha triunfado en ese movimiento generoso de las naciones que precedió á la vuelta del Sr. Pio IX: paz á los hombres en la tierra, porque los principios y medios que han presidido á un acontecimiento tan feliz, entrañan por necesidad los elementos del órden, la concordia de los derechos, los gérmenes preciosos de la felicidad pública, como otros tantos precursores ó efectos de la paz del universo. Tal es mi plan; mas para desenvolverle de una manera santa y provechosa para los fieles, ¡oh Dios mio, á quien adoramos sacramentado en ese altar! os pedimos rendidamente la sabiduría y la unción por la intercesion de vuestra Madre, á quien toda la Iglesia católica se convierte llena de esperanza para alcanzar de vos los mas insignes favores.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

He dicho, señores, en primer lugar, que en este grande acontecimiento admiramos, celebramos y agradecemos á Dios el que haya hecho brillar su gloria en la tierra en un triunfo completo para su religion sacrosanta; y lo he dicho, porque tratando de reunir en un punto las ideas contenidas en la victoria, no echo menos aquí una sola de cuantas pudieran contribuir á que reconozca todo el mundo

al catolicismo triunfante en ese corto y fecundísimo periodo de sucesos que, comenzando con el ascenso del Eminentísimo Sr. Mastai-Ferretti al trono pontificio, ha terminado por el feliz regreso del Sr. Pio IX á la ciudad eterna. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero las doctrinas, segundo el poder, tercero las relaciones. Considerando, pues, el acontecimiento bajo estos tres aspectos, veo que la Iglesia triunfa, porque vuelven á reconocérsela sus principios sociales, porque se la encomienda de nuevo el porvenir del mundo, y porque el desengaño mas espléndido y glorioso ha estrechado mas íntimamente los vínculos que unen entre sí á la Iglesia y al Estado. Es decir, señores, ¡admirad la coincidencia! triunfa la religion á mediados del siglo XIX por los mismos elementos que salvaron al mundo en el principio de nuestra era, por la fé, por la esperanza y por la caridad. ¿Cómo? como lo estais viendo; porque sin fé no podian aceptársela sus principios, sin esperanza no podia confiársela el destino de las naciones, y sin caridad era de todo punto imposible que se anudaran otra vez en las instituciones civiles la sociedad política y la sociedad religiosa. Esto no me sorprende á mí, ni debe sorprender á ningún católico, porque desde que lo dijo S. Juan, lo ha estado repitiendo la Iglesia. *La victoria que vence al mundo es nuestra fé*, dice el Evangelista (1); pero la razon de los filósofos, apelando á la

(1) Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. I Joann. Cap V, v. 4.

ironía para librarse de la humillacion, correspondió al oráculo con una sonrisa. Preciso era que le llegase su turno; y la religion, que nunca se apresura, esperó con paciencia, como siempre espera. Ha llegado el mundo varias veces, como ahora, al borde de un abismo; y la razon silbada por la desgracia de los pueblos, señalando la víctima, ha dicho: *he aquí mi obra*, para retirarse del teatro y dejar el campo libre á la accion restauradora de la fé. Siempre sucede esto, porque nunca puede suceder otra cosa: la fé, símbolo de lo infinito, vale siempre lo que representa; la razon, símbolo de lo finito, imperfecto y limitado, tiene un valor siempre relativo á su localidad, el de cero cuando está sola, el de millares cuando está á la derecha de la fé. Esto se le ha dicho mil veces al hombre; pero el hombre, raras veces accesible al idioma de la persuasion, parece condenado siempre á no entender sino á el amargo y doloroso lenguaje del infortunio. ¿Lo quereis palpar? No os condeno á una larga carrera: una rápida ojeada sobre tres siglos, un mirar mas circunspecto sobre la última revolucion de Italia, no pido mas, para contar con vuestro convencimiento.

Raras veces el hombre y la sociedad se contienen en su órbita: raras veces por lo mismo hay virtudes sociales y felicidad pública. Los acontecimientos mas importantes en la historia del mundo político, frecuentemente favorecen las conjeturas de sus genios mas esclarecidos, haciéndoles colum-

brar desenlaces plausibles en las crisis de las naciones, y esperanzas lisonjeras en el porvenir de la sociedad. Vencida muy apenas la infancia de aquel siglo que alumbró la reaparicion de las muchas glorias que habian quedado hundidas al cabo de tantos acontecimientos en el caos impenetrable de la edad media, pareció que habia sonado la hora feliz, no solo para los fueros de la inteligencia, mas tambien para las nobles prerogativas de la virtud, y para el advenimiento de la paz y de la bien entendida dicha de los pueblos. No fué así empero, y parece que algunos restos de luz, salvando los límites conocidos del horizonte hasta entonces descubiertos, dibujaban muy confusamente, y para muy pocos, acá en el porvenir la lucha de dos principios igualmente falsos y tenaces que, aliándose al indiferentismo religioso, habia de abalanzarse á sangre y fuego sobre los destinos del mundo civilizado. Soñó la razon que lo sabia todo, miéntras la voluntad social aspiró á la omnipotencia; y estos, que allá fueron unos delirios, pasaron mas tarde al campo de la vida práctica, plantando en las dos estremidades de tres siglos, dos monumentos colosales, que habian de marcar la carrera que durante ellos hiciese la sociedad. Partiendo de la reforma, el mundo político debia venir al socialismo, anunciando muy altamente de este modo, con la luz de toda la esperiencia y el poder de todos los desengaños, que la razon nada consume con su poder, que la voluntad nada puede tampoco por sí

misma en la línea del bien; que la pretendida independencia en que se ha querido suponer á la tierra respecto del cielo, es el mas funesto delirio que ha podido imaginarse entre los hombres; que salirse del órden espiritual es fabricar en el aire, ó cuando menos sobre una arena movediza; que buscar los caractéres legítimos de este órden saliéndose del influjo de la gracia y de la fé, será siempre divertirse con quimeras; y que no habiendo alianza entre la razon y la fé, entre la voluntad y la gracia fuera del principio católico, el cristianismo no ha dejado de ser un solo instante la forma legítima de la sociedad moderna, y la única garantía real y positiva de sus instituciones políticas.

Señores: este es un raciocinio; pero un raciocinio que ha costado tres siglos de trabajos á la inteligencia, tres siglos de lágrimas y miserias á la humanidad, y que parece escrito con la sangre de las víctimas y sobre el sepulcro de los pueblos y de los reyes. El renacimiento de las letras y la reforma en el Norte de la Europa, suministraron las primeras ideas; el movimiento intelectual de la filosofía incrédula desde Luis XIV hasta Luis XVI, fijó su sentido; la revolucion francesa las dió sus aplicaciones prácticas; la restauracion las habia como adormecido; las fuertes conmociones de la Europa en los dos años corridos, convirtiéndonos á la Alemania, donde habian hallado asilo y proteccion los últimos restos de aquellos dos principios, que ya parecian estirpados, y desde donde socavaban y

cebaban la inmensa mina que habia de traer á tierra todas las instituciones mas respetables, esta revolucion, digo, ha hecho lo que faltaba para dar una leccion terrible y dirigir un discurso muy elocuente á cuantos rigen los destinos de las naciones. Mas todo esto corria un peligro para la verdad, un peligro para la virtud, un peligro para la felicidad; el de quedar, por esplicarme así, como derramado y resumido en toda la superficie de la tierra, sujeto á la diferencia de los cálculos humanos, avasallado al poder de la ciencia y vendido al influjo de los intereses y de las pasiones. Contra este triple peligro no habia mas que un remedio, el de que todo se reconcentrase en una sola revolucion, en un solo imperio, y si posible fuera, en un solo hombre. La Providencia divina sin duda siente aun tiernamente del mundo: provocada mil veces, muestra todavía lo infinito de su ser en el amor que nos tiene; y á juzgar por el acontecimiento que nos reúne á todos en este lugar santo, visto es, que Dios tiene aun en su corazon de Padre á las moribundas sociedades de nuestros dias. Dios ha dado estas tres precauciones contra aquel triple peligro; ha recogido en los Estados pontificios todos los combustibles esparcidos por el mundo para atraer á su ruina las instituciones sociales; ha figurado en el gobierno temporal de aquel monarca todo cuanto quiere y puede hacer el orgullo de la razon y la pretendida omnipotencia de la voluntad social contra los derechos de una autoridad legítima y los deberes de

la obediencia, y ha elegido á Nuestro Santísimo Padre el Sr. Pio IX, como el único personaje que para una mision tan sublime pudiera presentar el mundo. Vicario de Jesucristo y Rey de unos Estados en cuya capital están archivados todos los siglos antiguos, y de donde son tributarios todos los siglos modernos, colocado le veis entre los cielos y la tierra, situado en las primeras cumbres del orbe político, á la vista y para la enseñanza de los pueblos y de los reyes.

Desde este momento la carrera política del nuevo Pontífice no pudo ya separarse de la condicion presente y futura de la sociedad actual, y la sagrada y eminente persona del Sr. Pio IX, fué una recapitulacion viva de todas las graves y terribles cuestiones que agitaban á la Europa. Las cosas habian llegado á tal punto, que los intereses y los principios contendientes, no pudiendo arribar á una solucion definitiva de otra suerte, necesitaban un fenómeno semejante en el mundo moral y político: los elementos de restauracion todo lo aventuraban obrando separadamente, y la misma anarquía social, ¡parece una paradoja! no podria triunfar definitivamente sino en la unidad de la víctima. Asid con fuerza este pensamiento, católicos: sorprendo en él un rayo de luz que puede favorecer la débil inteligencia de los hombres, para columbrar un tanto el cómo Dios obliga soberanamente á todas las contradicciones humanas y á las mas irreconciliables pasiones políticas á filiarse en una idea y suscribir á un designio.

La historia es y será siempre la expresion de una vasta, de una indefinida carrera de pensamiento y de accion; pero esta carrera nunca corresponde mas que á tres pasos gigantescos que da la sociedad: de las doctrinas á las opiniones, de estas á las revoluciones, y de aquí á la vida ó á la muerte. Esto es todo: vedlo bien, y no encontrareis otra cosa fuera de esto. Y esto se halla tan encadenado, que nada pueden para dislocarlo ni la razon con todas sus teorías, ni la voluntad con todos sus recursos y elementos de accion. La sociedad, lo mismo que los individuos, llegarán á la vida ó á la muerte; esto pende de ellos: pero no penderá nunca el poner en contradiccion ó en armonía el resultado final con los principios, los medios y los elementos de su carrera. La infancia del hombre es el primer asilo de las doctrinas paternas que se le inculcan, y de donde parte para pensar por sí, como suele decirse, y formarse una opinion; su juventud es el vastísimo y complicado teatro donde luchan de un lado las verdades y los errores, y de otro lado las pasiones y la moral; la edad madura es un periodo de reforma, de restauracion ó de consolidacion; la vejez será, pues, el tiempo de la paz y de la dicha, ó bien el de los desengaños inútiles y tardíos, el de la impotencia luchando con el instinto, el de la desesperacion y la muerte.

Yo me he divagado por una comparacion innecesaria; pero sin detenerme á suprimirla, os traigo con rapidez á mi primera idea. La sociedad no

puede ser feliz sin la unidad, sin la fortaleza y la conservacion: luego no puede serlo sin doctrinas unas, fuertes é infalibles, sin doctrinas intransigibles en todo el vasto sistema de sus principios, incontrastables en su poder sobre los pueblos, inaccesibles al tacto resbaladizo de la razon humana. Si puede disputarse esto tratándose del individuo, que reduce á su persona el objeto de su pensamiento y de su albedrío, nadie puede disputarlo cuando se habla de la sociedad, donde se agitan ideas tan diversas, opiniones tan varias, intereses tan opuestos, donde se trata de que las masas indómitas se coloquen bajo la influencia de los principios, y hagan brillar en el conjunto la armonía social. Mucho tiempo ha que el genio de la política vuela tras de cuatro fantasmas que le traen fuera de sí: hablar con la filosofia al espíritu de las masas, reconstruir el mundo con las revoluciones y el cálculo, crear el orden con el equilibrio de los intereses, y sostenerle con el poder militar: y, ¿qué ha resultado? A cada pensamiento una objecion, á cada cálculo una burla, á cada victoria física una reaccion tambien física, á cada combinacion de intereses sociales una revolucion mas, y un gobierno menos. Háseles olvidado á los que en esto influyen, que todo irá mal, si no se cuenta con Dios, y que no habrá garantía ninguna, mientras los filósofos y los políticos le tengan declarada la guerra al cielo.

No, señores, no os engañeis: ¿quereis que la sociedad sea una, firme, incontrastable? no la brindeis

teorías; dadla un símbolo, y todo está hecho. ¿Y quién dará un símbolo á la sociedad? ¿Los filósofos? No, señores: los filósofos no saben mas que discurrir. ¿Los políticos? Tampoco: los políticos no saben mas que calcular. ¿Los guerreros? Mucho menos: los guerreros no saben mas que destruir. ¿Los que todo lo ignoran, las masas? ¡Qué delirio! su historia no es mas que la del entusiasmo y el ódio, su carácter fijo la versatilidad, su freno único la obediencia. No hay medio: palabra de Dios ó palabra del hombre; verdad constante, ó mezcla confusa de verdades y de errores; autoridad conocida, ó autoridad siempre disputada; unidad, ó anarquía; el orden en la libertad, ó el desenfreno y el despotismo en el mundo.—Escoged.—He dicho mal: aplaudid, porque todos habeis reconocido el principio católico.

De este modo, señores, veo aceptados de nuevo los principios políticos de la religion católica en las últimas páginas del periodo histórico que al presente nos ocupa. En 1848 se combatian con orgullo, se desechaban con énfasis: en 1850 se han paseado con magestad por las galerías mas ilustres de la Europa, y han sido saludados, digámoslo así, por los primeros oráculos de la política, en el nombre de Dios. Pero no me basta, señores, haceros advertir el triunfo de los principios católicos en el estado actual de las opiniones: tratamos aquí de una victoria total, y una victoria como esta complica tambien las esperanzas y la felicidad del géne-

ro humano. Seguidme aun en el curso de mis ideas. Mas yo, deseando ver distintamente los caracteres de esta triple gloria, me he fijado para ello en dos objetos, metódicos si quereis, pero de suma importancia para afirmar un concepto: las tendencias impías y ruinosas que arrojaron al Sr. Pio IX de la capital de sus Estados, y el carácter de los medios que facilitaron su regreso á Roma. Pero esplicándome de esta suerte, me propongo menos entrar en un compromiso formal con las severas leyes de la arte oratoria, que poner en vuestras manos la clave de mi pensamiento. No ha sido mi ánimo hacer un discurso, sino seguir sin esfuerzo el movimiento de la sociedad, para buscar en él la accion de la Providencia y los agentes de la religion. *No hay arcano que no haya de revelarse* (1), dijo el Divino Fundador de la Iglesia católica, y yo veo una espléndida prueba de este oráculo en la historia contemporánea.

Las revoluciones humanas tienen una cosa de particular, y es mentir en sus resultados, obligando á los hombres á llegar á donde no esperaban. ¿Por qué así? Los principios son siempre un punto de apelacion para los hechos, y el *fiat* eterno del que reina en las alturas, un decreto que, aun humanamente hablando, nunca deja de cumplirse, sin tocar por esto en lo mas pequeño á la libertad de los pueblos. Este es un misterio sin duda: misterio,

(1) *Nihil autem opertum est quod non reveletur neque absconditum, quod non sciatur.*—Luc. cap. XII, v. 2.

porque no se comprende el *cómo*; pero revelacion explícita, porque está ya para cumplir catorce siglos de experiencias.

Toda la revolucion de Roma tuvo sin duda un pensamiento, porque sin pensamiento es absolutamente imposible el movimiento de la sociedad; pero este pensamiento fué falso: falso, porque le faltaron los principios; falso, porque le falló el resultado. El principio fué, ya lo sabeis, que la soberanía temporal de los Pontífices era un hecho y no un derecho: un hecho anticuado, porque pugnaba con las ideas dominantes del sistema actual; embarazoso, porque entrañaba siempre en las cuestiones políticas el principio católico, declarado extranjero hace dos siglos; perjudicial, en fin, porque frustrando el desarrollo práctico de todas las teorías mas ó menos plausibles que habian sido saludadas por el entusiasmo popular, y que reportaban la gloria del movimiento político de la Europa, colocaba en una posicion escepcional, esto es, *retrógrada*, al Estado pontificio.

Esta opinion no era solo de Roma: hallábase su cátedra en Alemania, distribuía sus escuelas por toda la Europa, y hasta en las jóvenes naciones del Nuevo Mundo, en los puntos trasatlánticos mas remotos, se habian estado cruzando por mas de medio siglo sus ecos. No habia mas diferencia, sino que allá de los mares pasaba la cuestion como un proceso ya relegado á los archivos de la filosofia; mientras acá nos arrancaba ciertos tartamu-

deos irónicos, muy parecidos á la risa de la barbie.

¿A dónde tendia, pues, esta revolucion determinada por semejantes principios? A la consumacion de un hecho que, aislando para siempre los dos poderes, redujese á los Pontífices á ser los simples sucesores de los Apóstoles en el gobierno espiritual. (1) Y así parecia, señores, á lo menos, á juzgar por las conjeturas de algunos políticos. El sueño de Juliano se repitió en el año de 1848: la muerte del poder temporal de los Pontífices no careció de profetas; y para que nada faltase, el Sr. Pio IX, teniendo que ceder á la situacion, dejó á Roma en manos de su propio consejo.

Atacando el poder temporal de los Pontífices, no imaginaban los autores de la revolucion italiana (y se hubieran reido de quien se lo dijese), que

(1) Tal vez parecerá que esplicándome de esta suerte considero la abolicion del poder temporal de los Pontífices como el objeto final de la revolucion, pero no es así. Para mí esa idea es prominente, y si se quiere de la primera magnitud; pero no el todo, ni mucho menos el fin de la revolucion europea. Siempre he creído necesario distinguir entre el pensamiento de la revolucion que se identifica en cierto modo con el movimiento de los siglos, y el pensamiento de sus agentes, que de ordinario sigue la razon de las circunstancias y anda por la carrera de los obstáculos. ¿Para qué tratar de las diferencias entre el Austria y Roma? ¿Para qué discurrir especialmente sobre la célebre cuestion de la independencia italiana? En el estado actual de las cosas, nunca podemos detenernos aquí, porque la cuestion de independencia seria cuando mucho el primer acto de un drama en extremo complicado, vago y general para reducir á solo ella el pensamiento de la revolucion. Una cosa importa saber, y es la razon en que se halla con esta y con el movimiento general de la Europa el poder temporal de los Pontífices. Vi-

hacian retroceder la sociedad. ¿Y no mas esto? No, señores: mas, mucho mas, mil veces mas; la hacian morir: porque su muerte era inevitable, si no retrocedia mas de dos mil años: retroceso imposible, señores, y por lo mismo esterminio seguro.

Tal vez os sorprendeis, pero en verdad, que no he vertido una paradoja, ni siquiera he permitido una hipérbole: mas bien he enunciado una demostracion, y para mí, acrisolada en todos los criterios. No sé si me equivocaré; pero á lo menos, escuchadme; porque sospecho que con una ligera esplicación, nos hallaremos enteramente de acuerdo.

niendo á este punto, no he temido concretar en este poder el pensamiento mas inmediato de la revolucion. ¿Por qué? Oigamos á uno de los que mas se interesan en ella, y de los menos favorables por lo mismo al triunfo de los principios católicos. "La Italia, dice Mazzini, es el centro de la Europa tradicional é histórica, y en consecuencia, el blanco de todas las fuerzas revolucionarias desarrolladas por este siglo y el precedente. Mientras ecsista la Italia católica, papal y tradicional, no podrá la Europa renovarse, porque la Italia es la suprema autoridad conservadora de todos los principios, de todos los derechos y de todos los intereses de lo pasado. De tres siglos acá, la Europa conspira contra Roma, &c., &c." (*) He aquí por qué no temí concretar la revolucion europea en la revolucion italiana, esta en la de Roma, y el blanco de la de Roma en la autoridad y en el poder temporal del Sr. Pio IX. He creído siempre que el catolicismo con sus tradiciones, su historia, su pensamiento y sus destinos, se reconcentra, considerado bajo un aspecto político, en la institucion del poder temporal de los Pontífices, y que por tanto, mientras este viva, será mas ó menos clara ó encubiertamente el primer objeto de la revolucion europea, y por lo mismo de la de Italia y de la de Roma.

(*) De l'Italie dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne.—Tom, II.

El reino temporal del Papa no es una institucion divina, porque este es privilegio esclusivo de la Iglesia; pero es una institucion providencial, necesaria en las sociedades modernas, puesto que ella es la que representa socialmente la permanencia organizada de sus principios conservadores.

Desde que el catolicismo fué ya un hecho consumado en el universo, el principio de la fé encarnó en la inteligencia, el de la gracia en la voluntad, el de la providencia en el órden; porque ó se respetaban estos principios, ó la anarquía debia ser el estado normal de la sociedad, puesto que habia católicos en todo el mundo.

Los que veian el gobierno temporal como una prerogativa innecesaria para la conservacion de la Iglesia, discurrían bien, pero fuera de camino. ¡Qué lejos estaban de sospechar que la cuestion era otra! Ni podían: la sospecha debia brotar de una revolucion provocada por el mismo espíritu ciego que no la sentia. La cuestion es otra: supuesto el catolicismo, ¿pueden conservarse los principios, el órden y las esperanzas de la sociedad sin el poder temporal de los Pontífices?—¿Y por qué no?—He aquí el movimiento sordo del siglo XVII, el furioso clamor del XVIII y la espresion enfática del XIX. Oídlos:—“La sociedad humana, dicen, se constituye y rige por la inteligencia, se conserva por la voluntad. El hombre la basta, con su poder la sobra. Un Pontífice en el trono es la espresion anticuada de otro siglo, y hoy no figura sino como

una ironía”—He aquí el resumen de la revolucion filosófica. Estas ideas estaban arraigadas: el tiempo de los milagros, el de los martirios y el de las controversias habia pasado ya: el mismo racionalismo varió de tema: la indiferencia en lo especulativo y el materialismo en lo práctico fueron ya el nuevo símbolo que se quiso representar para lo venidero. Esto suponía un punto de partida, y era la reforma; traía una consecuencia práctica, y es el socialismo.

Os he dicho, señores, que la reforma y el socialismo son dos monumentos colosales que el orgullo del espíritu humano ha erigido en sus aberraciones sobre las dos estremidades de tres siglos, como un punto de partida y un término necesario: los errores tienen su lógica y las turbulencias una filiacion reconocida. La reforma, señores, no es hija de Lutero, no es hija de Enrique VIII; sino de catorce siglos de preparacion intelectual y política: en ella vino á refundirse el espíritu de turbulencia que habia estado agitando continuamente al cristianismo. (1) Le llegó su hora y tuvo gefes, esto es, todo; y para que estallase el incendio, bastaban dos chispas arrojadas con cierta oportunidad. Aquellos dos personajes tuvieron su destino en los anales del error: no pasan de aquí los títulos de su

(1) Los fundamentos de este juicio histórico pueden verse en una obra mia titulada: CURSO DE JURISPRUDENCIA UNIVERSAL, TOMO 2.º, DISERTACION 1.ª, publicada en Morelia desde 1844, es decir, un año antes que se conociese aquí la obra del Sr. Balmes titulada: EL PROTESTANTISMO, &c.

funesta celebridad. Pero la reforma entrañaba pensamientos confusos, que bien se echaron de ver en tantos designios abortados; y esos pensamientos no podían á la verdad surtir su efecto sin tocar á todos los elementos de la sociedad. La filosofía del siglo XVIII debía venir, pues, en consecuencia de la reforma; aquellos movimientos desastrosos, que cubrieron de sangre el territorio de la nación francesa, fueron la personificación activa de la filosofía. Despues acá, las teorías, las revoluciones, las calamidades mas inauditas han figurado sin cesar en el teatro político, sin dejar de positivo sino dos frases enfáticas, profundamente verdaderas y altamente misteriosas: *No lo sé, no lo entiendo*. Estas dos frases parecen indicar la sinópsis de la nueva lucha social y doctrinal, y abandonar el porvenir ó al triunfo de la fé, que reserva sus revelaciones sublimes para los sencillos y pequeños, ó al triunfo del orgullo racionalista. ¿Qué sucederá? La razón ha quedado convencida de impostura, por la confesion de ella misma; el poder físico perdió su ascendiente, cambiando de carácter y haciéndose precario; las opiniones no tienen corriente fija, ni los intereses aplomo. ¿Qué sucederá, pues?.....

Una nueva secta, aprovechándose de esta circunstancia tan oportuna, dirige su mensaje á las naciones, prometiéndolo todo, con la reforma de todo, sobre la ruina de todo. El socialismo, como los espectros de la Fábula, levantó su frente, asustó al mundo, y volvió á la fosa; pero volvió sin de-

sesperar: bastábale saber, que con solo imprimir sobre la sociedad el vestigio de un delirio, le llegaría su época. Su sueño duró seis lustros; y al cabo de ellos, señores, ¿qué veis? El socialismo en los libros, el socialismo en los periódicos, el socialismo en los parlamentos, el socialismo en los gabinetes, el socialismo en el mundo. Marcha con los pasos del gigante, y ya no parece inverosímil que sus enseñas lleguen á tremolar sobre un inmenso promontorio, donde hayan quedado sepultados todos los antiguos elementos de la sociedad humana.

Ahora bien, ¿el socialismo salvará la sociedad? No: la vida nunca puede hallarse fuera de la verdad. ¿Sucumbirá al influjo de un enemigo parcial de otra doctrina falsa, de otro poder precario? No: el socialismo solo teme á uno, no mas que á uno: fuera de él á nadie teme, y los vence á todos. A este poderoso enemigo le cumplimenta, le afecta respetar, se alía con él, le reforma segun su juicio, &c., &c. ¿Cuál es, pues, este enemigo? *El catolicismo*. Pero este, siempre fuerte en la cuestion religiosa y eclesiástica, era ya débil en la cuestion social, y no podia sin un milagro renacer para la política de sus simples elementos. Pero sí podia renacer de su sepulcro civil, esto es, del último estrago de una revolucion organizada y desfogada contra él: he aquí la revolucion europea recogida en la revolucion italiana.

Espliquemos todavía mas: señores, la obra de Constantino y de Carlo-Magno, largo tiempo cali-

ficada de un homenaje digno del Supremo Pastor de la Iglesia, no fué solo esto; fué tambien un punto definitivo para la constitucion de la sociedad universal, una condicion ratificada sobre el equilibrio político de la Europa. Aquellos dos grandes hombres fueron mas que políticos; pronunciaron con un hecho tan ilustre una profecía sobre el porvenir de la sociedad moderna. Con beneplácito ó sin él, debia ser aceptada por esta la condicion de aquellos reyes; y si empezó á disminuir mas y mas el concepto de los grandes genios sobre la soberanía temporal de los Pontífices, fué precisamente á medida que se invadía su soberanía espiritual, haciendo problemático el influjo del catolicismo en las instituciones políticas.

Este grande título tradicional, histórico y filosófico de los Pontífices habia sufrido ya una nueva prueba, y prueba bien terrible, vuelvo á decirlo y lo repetiré mil veces, la reforma protestante en el Norte de la Europa. Ella fué la guerra mas enconada que pudo hacerse al poder temporal; porque desconociéndose hasta la autoridad soberana de la Iglesia, se salvaban con mucho los términos de la oposicion en la materia.

¿Qué podia esperar el mundo, laesado aquel resorte? ¿con qué infalibilidad podian contar entonces las doctrinas sociales? ¿dónde hallar garantías para sacar adelante de las ecsageraciones diversas las trabas constitucionales puestas á los poderes públicos? ¿qué poner en lugar de ese vínculo

universal de sentimientos, verdadera *fraternidad* humana, representado en la caridad, garantido en el decálogo y conservado por mas de diez y ocho siglos en la Iglesia católica? ¡Ah! sutilezas, despechos de la vanidad, ilusiones del genio, prestigios de la gloria, movimientos funestos, revoluciones desastrosas, crímenes sobre crímenes, cadalsos sobre cadalsos.

Sin embargo, estos combustibles, aglomerados de siglos atras bajo las bases de las instituciones sociales, preparaban una gran crisis; las opiniones vagaban por el espacio en diferentes curvas, como para no recogerse nunca bajo la influencia de los verdaderos principios: las teorías políticas, los intereses materiales eran todo; la verdad y el sólido bien de las naciones fueron nada. En semejante crisis las discusiones eran ya impotentes, las precauciones inútiles ó imposibles, y podia decirse á la letra de la sociedad, que todo estaba perdido, porque absolutamente no habia quien entrara en sí mismo, como dice el Espíritu Santo: *Nullus est qui recogitet corde.* (1) Comenzóse por declinar de los verdaderos caminos, siguióse por hacer magníficos ensayos de insignes frivolidades; y desde entonces la impotencia para el bien fué un hecho consumado en la historia de la sociedad. Esto no me sorprende, porque estaba escrito: *omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.* (2) Estos son

(1) Jerem. XII v. II.

(2) Ps. XIII v. 4.